

(Publicado en Béjar.Biz en noviembre de 2008)

## NO. ¿QUE NO!...A TODO QUE NO

J. Francisco Fabián

Hay gente que se levanta algunas mañanas con disposición de buscar la forma de fastidiar en algo. Van y lo hacen y luego almuerzan tan tranquilos o se van a la cama por la noche como si nada, pensando que han hecho su trabajo bien. Su papel es llevar la contraria. Da igual de lo que se trate, ellos llevan la contraria por sistema y en eso consiste el papel que se encomiendan a sí mismos, o que les encomiendan sus asesores. Usted dirá: ¿Esto es verdad o es un recuso literario? Si me lo preguntara usted a mí directamente, le diría que para preguntarme esto es que no sigue mucho el mundo de la política, o para ser más exactos, el de cierta política, porque de esto ¡así! (lo digo juntando todos los dedos de una mano en un punto y poniéndolo hacia arriba, ya me entiende).

Esta se ha convertido en una forma de hacer política por parte de algunos individuos de los que uno se pregunta qué demonios hacen en una cosa tan seria que es lo que nos organiza la vida a millones de personas. Pero ellos están ahí, viven de eso y viven muy bien incluso. Cuando llegan a casa les felicitan sus mujeres por lo bien que se han opuesto sistemáticamente a lo que dice el partido al que hay que oponerse. Sus hijos seguramente también o tal vez optarán por no plantearse si su padre hace bien o hace mal no vaya a ser que se frustren.

Y seguro que en la cena del fin de semana con los amigos, estos individuos son felicitados en la mesa mientras llega el primer plato por lo bien que se han opuesto al contrincante. Y si además remataron con una frase graciosa que traduzca algo del ingenio que llevan dentro para estas cosas, entonces el alabador ya es que se deshace en elogios y el alabado ya es que ni cena.

Yo me los estoy imaginando poco antes de oponerse a lo que se van a oponer sentados en la mesa de coordinación, con el asesor llegando con una carpeta de papeles y asomándole por la manga, delante del gemelo, a él a todo el grupo, un paquete de pulseritas de colorines, de esas que a los tipos que van se sujetos cargados de responsabilidad les hacen más modernos y cercanos. “A ver tú, Pepe (pongamos que se llama Pepe el que va a decirlo en nombre de sus compañeros), decimos que no a la construcción de ese parador, vale?” (Puede ser un parador, un aparcamiento subterráneo o lo que haga falta, porque la cuestión no es el parador ni el aparcamiento, la cuestión es que hay que hacerle entender a la gente que se oponen, que ellos son otros.

Si el Pepe en cuestión estuviera dormido, porque no todo el mundo antes de la una está despejado, diría: “¿Qué argumentos tengo que decir?” el asesor le respondería: “Tú di que no puede ser allí, que tiene que ser en otro sitio,”. La gracia para adornar no siempre se la tiene que decir el asesor. Esa puede ser de cosecha propia, que le viene bien a la autoestima. Y hay que imaginarse a uno de estos sujetos a partir del levantamiento de la sesión con el asesor, entregándose en su despacho, en el bar o mientras camina por el pasillo a la denodada idea de buscar una gracia con que adornar lo que le ha dicho el asesor que diga cuando se oponga a lo que se tiene que oponer.

Y habrá que ver el gesto de satisfacción cuando por fin una conexión neuronal, a través de un chispazo, produzca la ocurrencia en forma de parto de idea: “Voy a decir que eso que quieren hacer no será un parador sino un hotel de carretera, ¡hala!”. Cuando

este hombre lo suelte desde el estrado, habrá cumplido por ese día, ya se podrá ir a comer tranquilo y si la jornada viene muy apretada, ya se puede ir también a cenar con otro que venga de oponerse en otro foro, aunque éste sin la dicha de haber sido gracioso, porque no tiene ese don, el pobrecillo y los asesores de gracietas le tienen abandonado al no poder hacerse con él.

En fin, ambos opositores habrán conformado una jornada dura de oposición. Al día siguiente los ciudadanos lo leerán en la prensa y quizá se queden perplejos, una vez más, de esos políticos que tienen para sí como forma de hacer política el oponerse a lo que haya dicho el otro, haya dicho lo que haya dicho, da igual. Incluso oponerse a lo que él mismo en otro tiempo promulgara, aceptara o viera bien. Si les preguntáramos en una sesión de psicoanálisis porqué se han opuesto, nos dirían que muy sencillo: porque son oponentes y los oponentes se oponen, como su propio nombre indica. Y si les preguntáramos que sí, que ya, pero que porqué, nos dirían: “Pues eso, ya te lo he dicho, porque somos oponentes”.

Y no les preocuparía el daño que le hacen con su superficialidad al ciudadano y a la institución que representan y sobre todo el daño que le hacen a algo que debería ser tan noble y tan serio como la política. Para ellos eso sería lo de menos. Tal vez les interese entrar en ese juego, porque en él siempre ganan precisamente ellos, los más mantas, los peores de todo. Qué risa, qué asco, qué pena, qué dolor y qué gente hay por el mundo.